

—En efecto, ellas son, añadió, mirando ya con el anteojo . . . . . están ahora bordeando . . . . . tal vez quieran dar unas *mañanitas* á D. Juan José para vengarse de la tunda de ayer. . . . . Puede que allí vaya Recacho, concluyó sonriendo. . . . . como ahí no hay peligro. . . . .

—En efecto, respondió el que se llamaba D. Julián; no hay peligro para nadie, ni para los nuestros; eso es gastar la pólvora en infiernos. . . . .

El tío Galeana verá todas esas valentías, desayunándose con su apetito de costumbre.

—Y en las Cruces, ¿señor?

—En las Cruces, dijo el personaje vestido de negro, dirigiendo hacia el sudeste su anteojo, nadie. . . . . ni una alma. . . . . Si le digo á vd. que el miedo del oidor ha contagiado al pobre de Fuentes, y al atarantado de Régules. . . . . Vámonos, añadió, arreglando el anteojo y entregándolo á D. Julián.

Los dos hombres bajaron lentamente por aquel escarpado sendero de la roca, la más elevada del Caravali, y habiendo montado en sus caballos, se dirigieron al trote al cerro del Veladero, por un camino cubierto por espesa enramada que formaban los árboles gigantes del bosque.

Al llegar al campo, oyéronse aún más distintas las dianas que en tal época duraban mucho tiempo, variando las sonatas de los pífanos, á los que comenzaban á mezclarse los aires campesinos de la costa y las alegres canciones de los soldados.

Algunas avanzadas ocultas en la espesura, al reconocer á los ginetes, alzábanse inmediatamente para hacer los honores, y los oficiales venían á dar parte.

Momentos después los ginetes comenzaron á ascender, por un camino estrecho, al cerro en cuya cumbre había construidos grandes parapetos de piedra á guisa de fortines, sobre los cuales flotaba una bandera negra que tenía en el centro una calavera y esta inscripción en letras blancas: *«Paso á la Eternidad.»*

Al reconocer los centinelas á nuestros personajes dieron voces; las tropas se formaron é hicieron honores, y el grupo de ginetes entró por una puerta estrecha del fortín, única accesible, en una especie de meseta vasta, plana y rodeada por todas partes de trincheras, de parapetos y de abatidas de árboles.

En toda la extensión de la meseta se levantaban tiendas de campaña, enramadas paralelas formando calles muy anchas, y en ellas y en las amplias plazoletas, circulaban bulliciosos soldados y oficiales corriendo á formarse por batallones para pasar lista.

En las enramadas se preparaba el rancho; algunas graciosas morenas atravesaban llevando el cantar en la cabeza y cantando, y por todas partes

mostrábase, en fin, la extraña animación de un pueblo militar en las primeras horas del día.

Pero al ver toda aquella gente el grupo de ginetes que hemos descrito, se detuvo respetuoso, callóse; las bandas batieron marcha, los soldados presentaron las armas, y la muchedumbre atronó el aire, repitiendo uno tras de otro los gritos de. . . . .

—¡Viva el general Morelos! que resonaron de una á otra parte del campamento.

El personaje vestido de negro saludó afectuosamente á aquel ejército de patriotas, y se dirigió á una gran tienda colocada en el centro de la meseta sobre la cual flameaba también una bandera negra con la inscripción blanca *«Paso á la Eternidad»* y á cuya puerta se hallaba apiñada una multitud de oficiales y de campesinos.

Así, pues, aquel extraordinario personaje de profunda y radiosa mirada á quien hemos visto en un peñasco de Caravali, absorto en la contemplación de las bellezas del alba, era el gran Morelos, vencedor ya de los españoles en varios encuentros y que el día 1.º de Mayo de 1811, anterior á aquel en que lo encontramos, acababa de obtener un nuevo triunfo sobre el jactancioso oidor Recacho, que prófugo de Guadalajara había venido á Acapulco á fungir de general, y sobre los viejos militares Fuentes y Régules, grandes columnas del poder español en la costa del Spr.

Y aquel campo, era el invencible campo del Veladero, que Morelos había bautizado con el tremendo nombre de *«Paso á la Eternidad»*, para significar que el que se acercase á él, se acercaba á la muerte, y que justificó su nombre en aquel gran periodo de la insurrección mexicana.

El compañero de Morelos, el garboso jinete de la manga roja, era el valiente D. Julian de Avila, el héroe del 1.º de Mayo y el jefe inmediato del campamento.

II

Morelos se apeó de su caballo á la entrada de la tienda central, é inmediatamente cien personas se precipitaron á su encuentro, unas para besarle la mano, á pesar suyo, las más para saludarlo con una expresión en que se traducían más que la sumisión al general, el cariño apasionado del hijo ó la adoración fanática del sectario.

Aquel hombre, más que un caudillo popular, era un padre de familia, un apóstol ó un taumaturgo. El famoso general español Calleja, á quien Morelos humilló tanto en Cuautla, sorprendido al ver el fanatismo que el grande hombre inspiraba á sus partidarios, escribía al virrey Venegas en 1812, diciéndole: *«Este clérigo es un segundo Mahoma.»*

En efecto, sólo el fundador inspirado de una religión, que habla en nombre de la Divinidad y que

promete el cielo á sus prosélitos, puede producir un entusiasmo y una adhesión tan excepcionales como el entusiasmo y la adhesión que producía Morelos entre sus soldados y entre los pueblos.

Y era que Morelos hablaba en nombre del Derecho y de la Patria, y que era un hombre de genio.

El jefe español, educado en la ignorancia y en el servilismo, no comprendía seguramente el efecto mágico que ejerce en los hombres que desean ser libres la idea de la Patria, y acostumbrado á contar sólo con los elementos que le proporcionaba su gobierno con un erario bien provisto, tampoco comprendía los milagros que puede operar el genio, creando, como Dios, un mundo de la nada.

Así es, que en su miserable pequeñez, frente á frente de Morelos, no podía explicarse acertadamente la grandeza extraordinaria del caudillo mexicano, pero la sentía, y procuraba definirla á su manera, comparándola con la del gran fundador de la religión musulmana, cuya influencia habían podido conocer los españoles durante siete siglos.

Morelos, pues, *segundo Mahoma* para los españoles, fué, es y será para los mexicanos el genio de la Independencia.

No hay que extrañar, por eso, que desde el principio de su asombrosa carrera militar haya inspirado á sus soldados la profunda adhesión rayando en fanatismo, que los distinguió siempre, y de que dieron pruebas combatiendo heroicamente al lado de su jefe durante la vida de éste, convirtiendo en culto su memoria después de su muerte, y siendo fieles hasta sus últimos días, á los principios que supo inculcarles.

Este es un rasgo característico de la influencia que ejerció aquel genio incomparable en los hombres á quienes enseñó la religión del patriotismo y de la libertad. Los que morían en la lucha mezclaban en su último grito, al de la Patria, el nombre de Morelos.

Los que sobrevivieron lo consideraban como un semi-dios; ninguno de los suyos renegó de él; ninguno tuvo un sólo instante de debilidad aun en las mayores angustias: Guerrero, Victoria, D. Nicolás Bravo, D. Nicolás Catalán, D. Luis Pinzón y D. Isidro Montesdeoca hablaban de él, llorando; D. Juan Alvarez ya septuagenario, se ponía en pié y descubría sus canas venerables cuando pronunciaba su nombre. Era adoración la que aquellos hombres de hierro sentían hacia el caudillo inmortal.

Volvamos ahora al Veladero que ahí fué donde comenzó á mostrarse en bien de la Patria, el prestigio de Morelos.

Apenas entró en su tienda, cuando al mismo tiempo que tomaba su desayuno dictó á sus secretarios lacónicamente notas que eran reducidas á las más pequeñas dimensiones, cerradas y despachadas con emisarios que partían en el acto para diversos

puntos, sea de la Costa-grande en donde, hasta Zacatula, se hallaba establecida ya una administración regular, bajo el dominio del gobierno nacional; sea á los pueblos del centro del Sur, de las intendencias de México ó de Michoacán, á los que era preciso llevar al incendio de la insurrección.

Después de este breve despacho, Morelos dictó las órdenes del día á los coroneles Avila, Ayala y Valdovinos, jefes del campo del Veladero, hizo transmitir las correspondientes al coronel D. Juan José Galeana, jefe del campo situado en el *Piñ de la Cuesta*, y al coronel D. Hermenegildo Galeana, jefe del campamento de la Sabana y que se había cubierto de gloria el día anterior, como Avila, derrotando á las tropas españolas de Acapulco, que intentaron un ataque general sobre las posiciones de los insurgentes.

Apenas acababa de dictar estas órdenes cuando un gallardo joven, jinete en un magnífico alazán, se apeó en la puerta de la tienda y pidió permiso para entrar.

—El capitán Galeana, anunció un ayudante.

—Que entre, respondió Morelos, esperando con cierta curiosidad.

—Señor, dijo el joven Pablo Galeana (1). Mi tío me envía á pedir á vd. permiso para entrar en el campo con los amigos de Michapa.

—Bien. que lleguen enhorabuena.

El joven volvió á partir á galope.

Un momento después y en medio de una muchedumbre de soldados y oficiales deseosos de conocer á los personajes que llegaban al campo con cierto misterio, y cuya venida se había sabido rápidamente, atravesaban un grupo de ginetes con dirección á la tienda del general.

Al frente de ellos iba guiándolos un hombre alto, rubio, de ojos azules, de patillas doradas, de tez encendida, hermoso como un antiguo guerrero germánico del tiempo de Arminius, respirando en todas sus facciones valor, franqueza y una sencillez campesina que encantaba al verla.

Los soldados se fijaron luego en este hombre que les era muy conocido, y se decían en los corros que se habían formado al paso de la cabalgata:

—Qué alegre viene tío Gindo! Deben ser esos muy buenos sugetos, puesto que los trata con tanta amistad.

En efecto, aquel gigante de cuerpo, como de valor, era el famoso D. Hermenegildo Galeana, el Aquiles del ejército de Morelos (2). Montaba con la

(1) El más joven de esta brillante familia de héroes tan famosos en la guerra de la Independencia. D. Pablo Galeana llegó hasta brigadier en el ejército de Morelos.

(2) ¿Quién no conoce la historia de Galeana? Morelos le llamaba "su brazo derecho". El heroico mariscal de campo murió en Coyuca de un golpe que se dió en la cabeza en un árbol, combatiendo con los españoles en 27 de Junio de 1814. Estos le cortaron la cabeza y la colgaron en la misma plaza de Coyuca en el tronco de una ceiba.

destreza que le era característica un caballo negro de la costa, enjaezado con primor, llevaba atado á la cabeza el gran pañuelo de seda, entonces muy en uso en los campos, y se cubría con un sombrero de paja de anchas alas.

Con él venían, en union del jóven Galeana y seguidos de mozos que llevaban mulas cargadas de almofrejes y de baúles, tres ginetes que por su aspecto y trajes parecían procedentes de las tierras templadas.

Debían ser sugetos principales, porque su traje aunque de camino era esmerado y rico, lo mismo que los jaeces de los caballos soberbios, aunque fatigados por un largo viaje. Además, su fisonomía revelaba, como la de los Galeanas, la pura sangre española, aunque los cabellos y las patillas oscuras de los dos mayores contrastaban con las patillas y cabellos rubios de D. Hermenegildo.

En cuanto al más joven de los tres desconocidos era un adolescente á quien apenas pintaba la barba, y que cubierto con finísimo paño de sol parecía agobiado por el calor ecuatorial de la costa.

Morelos salió á recibirlos hasta la puerta de la tienda con aspecto sonriente y regocijado.

Los ginetes se aparearon, y D. Hermenegildo acercándose con respeto dijo:

—Señor, aquí tiene vd. á nuestros amigos D. Leonardo y D. Miguel Bravo.

—Sean vds. bien venidos, señores, dijo Morelos abrazándolos con efusion.

Los Bravos no podían hablar, tan conmovidos así estaban. Repuesto prontamente D. Leonardo de su emoción, tomó de la mano al jóven y acercándolo á Morelos le dijo:

Este muchacho, es mi hijo Nicolás, que viene á ponerse también á las órdenes de vd. Y como el jóven alargara los brazos . . .

—No, hijo mio, tú debes besar la mano al padre de la Patria y pedirle la bendición . . .

El mancebo se inclinó á besar la mano del caudillo, éste le puso las manos en la cabeza y le dijo solemnemente:

—Te consagro á la Patria, sé su apoyo y su ornamento.

—Lo procuraré, señor, respondió el jóven, con vehemencia.

—¿Y D. Víctor? preguntó Morelos.

—Victor, respondió D. Leonardo, ha tenido que quedarse por allá para cuidar de la gente y estar á la mira de Guevara y de Juan Chiquito, encargados de vigilarnos y de perseguirnos, como vd. sabe.

—¿Y está en Michapa todavía?

—No señor, donde puede; unas veces estará en Michapa, otras en Atojileca, quizás irá á Chichihualco de noche; en fin, tiene que andar errante, como hemos andado todos hace tiempo. Pero no hay cuidado por él. Conoce bien el terreno y nuestra gente es fiel á toda prueba.

—¿Y cómo han podido vds. atravesar sin ser conocidos, hasta aquí?

—Hemos venido por la sierra, caminando á veces sólo por la noche, y sin embargo no hace cuatro días que hemos salido de allá. Ayer muy tarde llegamos á la Brea y madrugamos para estar aquí á buena hora.

Eso por lo que toca á mi hermano Miguel y á mí. En cuanto á este muchacho, añadió señalando al jóven D. Nicolás, ha costado mucho trabajo sacarlo de Chilpancingo á donde había llegado de México hacía pocos días, como se lo escribí á vd. Estaba

vigilado con tanto rigor que no era dueño de moverse sin que en el acto lo supiera el subdelegado de Tixtla por medio de sus espías. Sabían que no se metía en nada; que acababa de llegar de México, en donde había estado de cajero en una tienda, y sin embargo sospechaban que se comunicaba con nosotros, y no lo dejaban quieto ni á sol ni á sombra. El disimulaba cuanto podía, fingiendo que deseaba volver á México, ocupándose sólo en divertirse y en bailar el *minuet* y el *campestre* con las Guevaras y las Leyvas. Pero ni esto le ha valido, y á pesar de su amistad íntima con las Guevaras, que són la familia del subdelegado, hubo orden de reducirlo á prisión. Entonces pudo escaparse, merced á un aviso oportuno, y con dos mozos de confianza vino á reunirse á nosotros en la sierra, á tiempo que salíamos para acá.

—Bueno, todo ha salido bien, dijo Morelos. Pero vds. han andado mucho, deben estar muy fatigados y necesitan reposar un poco y tomar alimento. Galeana, encárguese vd. de alojar á los amigos. Ya nos veremos después de medio día.

Los Bravo y Galeana se dispusieron para retirarse, pero antes D. Leonardo Bravo, sacó un paquete del bolsillo de su chaqueta, y entregándolo á Morelos con cierto misterio, le dijo:

—Señor, estas son las gacetas últimas que se han publicado en México y que acaban de llegar á Chilpancingo. Nicolás nos las ha traído porque las creyó interesantes. Traen noticias graves del Interior y el parte de Cosío sobre su ataque desgraciado. Véalas vd.; creo que importa.

—Muy bien, replicó Morelos, tomando las gacetas y despidiendo á los viajeros que se dirigieron con Galeana á una gran choza de palapa en que se alojaba D. Pablo, sobrino de D. Hermenegildo.

Allí los mozos de los Bravos depositaron y arreglaron los almofrejes y los baúles de sus amos, y estos se sentaron á tomar el desayuno. Mientras que se batía en las calderetas de cobre el oloroso chocolate de Caracas y se servía á los tres hacendados Chilpancingueños en jicaras y macerinas de oro, D. Miguel dirigiéndose á su hermano:

—¿Qué dices, Leonardo, le preguntó, del Sr. Morelos?

—Digo, respondió el arrogante y apuesto caballero, que si antes amaba yo la Independencia, hoy la quiero más al conocer á este caudillo. Si el amor á la Patria es una religión, Morelos es digno de ser su profeta. ¡Qué hombre! Su mirada es un sol que ilumina el alma, ¿no lo crees así?

—Tan lo creo, que estoy resuelto como tú á acompañarlo hasta la muerte.

—Y yo, señor padre, añadió el jóven D. Nicolás, yo seguiré á vds. en este camino hasta vencer ó morir.

Y los tres hermanos se abrazaron llorando de entusiasmo.

El gran D. Hermenegildo Galeana y su sobrino D. Pablo, que miraban conmovidos á sus huéspedes los abrazaron también, y D. Hermenegildo, irguiéndose con noble orgullo, dijo:

—Amigos: cuando se ama, como nosotros amamos á la Patria y se tiene un jefe como Morelos, no se pierde nunca, y si se muere, es para triunfar!!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU AUTOR EN EL TEATRO "PORFIRIO DIAZ"  
EL 30 DE SETIEMBRE DE 1883.

Grande y digno, luchando con las miserias de la vida de los desheredados de la fortuna; tierno y conmovedor, teniendo por la mujer que le dió el sér el culto idólatra del hijo amante que consagrándole con su vida su amor, la rodea de solícitos cuidados; patriota decidido, reclamando su puesto de peligro en los primeros días de la guerra de independencia; confiado en la bondad de su causa y en los recursos de su génio, cuando nombrado lugarteniente en Indaparapéo, marcha á insurreccionar el Sur, solo, sin pedir ni un hombre, ni un arma, ni un peso; activo y emprendedor levantando á los dos meses de salir á campaña con veinticinco hombres, armados con las lanzas que él mismo mandara forjar, un ejército de más de dos mil, cuyos fusiles, cañones, municiones, dinero y víveres había arrebatado á un enemigo disciplinado y valiente, haciéndole prisionero; inteligencia privilegiada, cuando en medio de las fatigas de la campaña, organiza los elementos de una administración política; desinteresado, probo, integérrimo, cuando cede á su hermana todo su escaso patrimonio, vende sus cortos bienes para socorrer á sus soldados, se niega á recibir dinero hasta para sus gastos personales en la expedición más peligrosa, y al morir no tiene otra mortaja que su sotana; valiente y fuerte llamando sobre sí las fuerzas mayores del virreinato, mandadas por el más famoso de sus capitanes y desafiando su poder; denodado y temerario, exponiendo su vida en los reconocimientos y combates; génio militar y héroe, conteniendo en esa epopeya que se llama el sitio de Cuautla, con un puñado de patriotas, durante setenta y dos días, en medio de la matanza, del hambre y de la peste, á un ejército victorioso, hábil y valientemente acaudillado; atrevido y resuelto, rompiendo en el férreo círculo de los sitiadores, el valladar que le impedía seguir escalando la senda de la inmortalidad; amante de la libertad y de la ley, creando el primer poder político de México; humilde y abnegado, al sufrir obediente las restricciones que ese poder le impone; sublime hasta el sacrificio al entregar su persona

á sus enemigos por salvar al Congreso; grande y digno ante las venganzas políticas y religiosas que intentan degradarle; grande y admirable, cuando con el pulso firme, el corazón tranquilo, la conciencia limpia y la frente erguida, cruza el dintel de la eternidad, sin que la serena mirada se turbe ante los aterradores problemas de la muerte . . . .!

Ese es nuestro hombre.

No le podemos confundir con otro. Ni siquiera con los que tan patriotas, tan valientes, tan probos, tan decididos como él, regaron con su sangre el árbol santo de la libertad mexicana; ni siquiera con aquellos génios de la guerra que llenan la historia con su fama, y se llaman César, Alejandro, Napoleón; porque de estos la misma historia enseña quién era ambicioso, quién debía á su cuna ó á su instrucción juvenil, quién á la posición en que le colocara la fortuna, lo que nuestro héroe ha ido arrancando al trabajo, á la ciencia, al poder, á la gloria, á nuestra admiración y agradecimiento póstumo.— á sus mismos enemigos cuando al relatar sus hechos á través del misero rencor que inspira siempre el ódio de partido, le llaman inteligente y héroe— á fuerza de virtud, de patriotismo, de virilidad, de energía y de génio!

\* \*

Como las vestales que en la teogonía romana, para ser sacerdotizas del númen de la pureza y el sagrado fuego, necesitaban el alba é inmaculada túnica, signo de la pureza suya, así los que hoy nos agrupamos en torno al trofeo de Morelos, debemos traer la memoria limpia de recuerdos dolorosos, el corazón exento de odios, los labios sin un dejo de amargura, para que la ofrenda que el amor, el agradecimiento y la admiración depositan sobre el pedestal que sustenta la augusta figura del ilustre mártir, y viene á avivar el sagrado fuego del amor á la Patria, sea digna de la grandeza del héroe, de la causa que la impulsa, y la civilización de un pueblo libre que se siente fuerte, que no teme opresores, ni juzga de los hechos históricos con el prisma del

odio, ni ménos quiere hacer aplicaciones de principios caducos á fraternidades latentes.

La figura de Morelos, es por otra parte, tan grande; se destaca del comun de los hombres con perfiles tan originales; su vida, sus hechos, sus ideas y hasta sus frases, algunas admirables en su ingénuo sencillez, elevan tanto la dignidad del hombre, que no es al simple batallador de la independencia mexicana al que debemos honrar, cualquiera sea nuestra nacionalidad, sino á uno de esos representantes de la especie humana, que en los periodos de crisis que los pueblos sufren, cuando cumple á las previsiones de la Providencia, concretan en un individuo las aspiraciones, las tendencias, los dolores, los sacrificios y áun los errores de un pueblo, de una raza ó de una etapa de la gran vida de la humanidad. Así en los tiempos antiguos Sócrates, Praxiteles, Leónidas, Filopémenes, Junio Bruto, los Gracos, Calígula ó Vitelio, han representado ya el amor á la virtud, á la verdad y al arte, ya el heroísmo, ya la agonía de un pueblo ilustre; ó bien las aspiraciones, primero al sacudimiento de la tiranía, despues á la conquista de los derechos civiles, de otro gran pueblo en la plenitud de la vida, ó sus extravíos y degradación cuando tocaba á su ruina. Y en los tiempos modernos Copérnico, Galileo, Kepler y Newton en los descubrimientos de las leyes que gobiernan el universo; Lutero en las apasionadas luchas de la libertad de conciencia; Descartes demoliendo la antigua filosofía; Compté fundando la del criterio de la razón; Fulton, Watt, Franklin, Morse, Edison penetrando los secretos de aplicación de las leyes físicas; Werner, Elie de Beaumont y Barrande en nuestros días, arrancando en cada capa geológica una página de la fe de bautismo de la tierra; Sismondí, Bentham y Montesquieu indagando la filosofía del derecho ó las leyes que rigen al trabajo y al comercio; Shakespeare, Goethe y Víctor Hugo abriendo nuevos horizontes al arte literario, ¿qué son sino privilegiadas personificaciones de la humanidad en su múltiple tendencia á la verdad, á la libertad, al progreso, á la justicia, á lo bueno y á lo bello? Y cuando en la escena real faltan esas personificaciones, la humanidad las inventa, y así ha dado vida á Hércules, á Prometeo y á Orfeo.

Pero entre las brillantes estrellas que forman la constelación de inteligéncias cuyas irradiaciones alumbran el penoso camino de nuestra especie, lucen con más vivo fulgor las de aquellos seres que haciendo abstracción de sus satisfac-

ciones individuales, dán desde su reposo hasta su vida, por procurar á su semejantes el nacimiento á la de la libertad, que es la primera condición de existencia y progreso del hombre, con su carácter propio de racional y digno.

Por eso la noble figura de Morelos, levántase más alta cuanto se le contempla de más léjos; bañada en destellos de indeficiente luz tanto más vivos cuanto que contrastan con el negro fondo que la calumnia, al servicio de las pasiones corriera á su espalda, pasa de la meta señalada á los comunes caudillos de una revolución, y llega á ese templo de esplendente gloria, en cuyo recinto la humanidad, para alentarse en su cruda marcha sobre el valle de lágrimas, esculpe en inmortales contornos las gigantes figuras que realizaron su ideal.

Bajo cualquier aspecto que juzguemos á Morelos, le encontraremos siempre levantado, noble, digno de imitación. Si le consideramos por las grandes etapas de su vida, le vemos, hijo de padres tan humildes como pobres, consagrar los primeros treinta años de ella al penosísimo trabajo de la arriería para atender solícito á su madre, á quien amó con infinita ternura; asegurada la existencia de ésta, se dedica á realizar el cultivo de su inteligéncia, tan ardentemente deseado, é ingresa á un colegio donde pronto gana el primer lugar en los cursos científicos; á los pocos años de estudios se ordena de sacerdote, durante diez desempeña su alto ministerio ejerciendo la virtud y la caridad, ganándose el corazón de sus feligreses y ayudando á levantar con sus propias manos, el templo de su curato de Carácuaro. El grito del inmortal Hidalgo, llamando á los hijos de la Patria vibra en los aires, y Morelos acude de los primeros al llamamiento; se lanza solo á combatir, y á los pocos meses, él atrae toda la atención del país y sus enemigos, por esa série de ruidosos triunfos que todos conoceis, cuyo largo relato seria aquí imposible, y que realizaron vastos planes y sabias combinaciones; reúne el primer Congreso nacional, y abdica en él sus poderes discrecionales; ese Congreso le humilla y él responde obedeciendo, y dejándose aprisionar por dar tiempo á que los miembros de aquel cuerpo se salven; prisionero, confiesa sin miedo y sin jactancia sus actos, y la responsabilidad que el Gobierno colonial deriva de ellos, le encuentra tranquilo. En el patíbulo, él solo, entre sus enemigos, es el único que no está conmovido. ¿No

es éste el bosquejo por el que quisiéramos estar delineados, mexicanos, españoles ó de cualquiera nacionalidad? ¿No son estos los rasgos de que la humanidad se envanece como característicos de su supremacía en la tierra?

\*\*\*

Si queremos juzgarle por sus palabras y formamos un conjunto de algunos hechos aislados de su vida, que por lo espontáneos revelan la naturaleza íntima del hombre, tendremos tambien un carácter que se destaca gigantesco á la altura de los héroes de Grecia y Roma, ó de los tiempos caballerescos y modernos.

Atacaba el castillo de Acapulco contando con la ayuda que dentro de él se le había prometido, cuando, efecto de la traición, la artillería de la fortaleza arroja sobre sus columnas un huracán de metralla; el desórden se introduce en sus tropas, todos huyen sin oír su llamado; entonces en el colmo de la desesperación como Washington en Kip's Bay, se echa en tierra sobre el sendero por donde forzosamente deben pasar los dispersos gritándoles: "*Cobardes, corred, yo soy el puente que facilitaré la fuga.*" Nadie pasó y Morelos salvó su ejército de la disolución.

Hallándose en Tecpan en Octubre de 1811, dióle aviso el padre Alva, residente en México, que dos armeros que se le presentarían como voluntarios, iban pagados para envenenarle. Llegan los asesinos, les hace saber que conoce sus intenciones y los perdona; aquellos hombres son desde entonces fidelísimos servidores.

La Junta de Zitácuaro le comunica otra vez que sabe de cierto que ha ofrecido entregarle al virrey una de las personas de su mayor intimidad, que era hombre de señas grueso y barrigón; Morelos contesta, con la misma generosa confianza que Alejandro en ocasión semejante hallándose á las orillas del Cydno, usó con su médico Filipo: "*aquí no hay mas barrigón que yo, aun que las enfermedades me hayan desbastado.*"

Cuando Calleja se acercaba á Cuautla, Morelos sale personalmente á reconocer al enemigo á pesar de la oposición de Matamoros, Galeana y los Bravo, que veían la magnitud del peligro; él y su escasa escolta persiguen á las avanzadas realistas y caen en una emboscada; la mayor parte de sus soldados muere á su lado; otros se agrupan á su derredor para hacerle baluarte con sus cuerpos, y al ver que algunos regresan huyendo á Cuautla, les grita: "*No corran que las balas no se ven por la espalda,*" é hincando la

espuela al caballo, penetra blandiendo la espada entre las compactas filas de sus adversarios, y acuchillándolos exclama: "*Más honroso es morir matando que volver á Cuautla huyendo,*" y allí habría perecido si al consternador grito de "*Nos cogen á nuestro general,*" lanzado en los muros de Cuautla, el león irresistible, el valiente entre los valientes, el rayo de la guerra, Galeana en fin, no hubiese volado como el huracán en su socorro, arrollando cuanto se oponía á su paso, y hubiese destrozado al enemigo que escuchaba al héroe. ¿Era otra la manera con que luchaban y se expresaban los grandes personajes de la Iliada?

El sitio de Cuautla tocaba á su fin; la última esperanza de los sitiados en ser socorridos con víveres, acababa de desvanecerse con la desgraciada tentativa de Matamoros; el hambre causaba los mayores extragos; el cuero remojado y tostado, la miel corrompida, los animales más inmundos, todo se había agotado; el mes de Abril, que terminaba ese día había desarrollado con sus sofocantes calores una peste espantosa; por las iglesias, las calles, las plazas, yacían cadáveres demacrados, ó agonizaban seres que más que hombres parecían fantasmas; y si el cielo inlemente no enviaba una gota de lluvia, el ejército realista enviaba en cambio torrentes de fuego y plomo. Entonces Calleja, ya persuadido de su impotencia para domeñar por la fuerza aquel grupo de fanáticos defensores de la Patria, creyó llegado el momento de ofrecer á su caudillo la gracia de indulto, de lo que llamaba sus delitos, si se rendía. Morelos por toda respuesta le devolvió el pliego, escrita á su dorso ésta sola frase: "*Otorgo igual gracia á Calleja.*" Al tercer día él y los suyos rompieron el sitio: ¡hicieron, dijeron algo mejor los estoicos lacones ó los altivos romanos?

Despues de los brillantes triunfos de Huajuapán, el Palmar y Orizaba, abandona el ilustre capitán su estratégica posición de Tehuacan y se lanza sobre Oaxaca, plaza fuerte que defendía un numeroso y disciplinado ejército. Morelos íntima rendición dando dos horas de término; los defensores le contestan con la insolencia del silencio; entonces por única orden del día dicta esta sencilla frase: "*A acuartelarse á Oaxaca.*" Y sus tropas se acuartelaron en la ciudad, despues de asaltarla y destrozarla al ejército que la defendía. ¿Se expresó Bonaparte con más confianza cuando señalaba á sus generales el campo de la futura batalla de Austerlitz?

Logra al fin rendir aquel castillo de Acapulco que tantos sacrificios le costara, recibe las llaves de la fortaleza, y terminada la entrega se sienta á la mesa en compañía de los vencidos; y advirtiendo la tristeza de los españoles, toma el vaso, se levanta y exclama: "Viva España; pero España hermana y no dominadora de América." ¿Era tan generoso Scipión cuando venció á Aníbal?

"Me sacrificaré en hacer obedecer á la Junta suprema, y jamás admitiré el tirano gobierno, esto es, el monárquico, aunque se me eligiera á mí mismo por primero," escribía en frase Catoniana á Rayón con motivo del desacuerdo de la Junta de Zitácuaro.

"Como una ley es superior á todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales que obliguen á la constancia y al patriotismo," decía en un manifiesto á la nación, y no de otra manera se expresaba Licurgo.

"Debe desterrarse de América la esclavitud y todo lo que á ella huela," decretaba en 1813, y en este solo rasgo fué superior á muchos filántropos y grandes héroes, y apenas si tiene por antecesores á los Gracos y á Espartaco.

"Los hombres no se deben sino á la nación y su soberanía" proclamó, condensando en ese solo pensamiento todos los derechos naturales y sociales del hombre libre.

Después de la derrota de Puruarán y las hecatombes ordenadas por la crueldad de Iturbide y Llano; cuando fresca aún la sangre de Matamoros, en brazos el uno del otro habían vertido amargo llanto él y el bravo Galeana, escribió á Quintana Roo, "Es preciso llevar con paciencia las adversidades; aún queda un pedazo de Morelos y Dios entero" ¡las grandes almas en sus horas de amargura, de llanto y de resignación! ¿No tuvo la suya en Gethsemani el sublime mártir del Gólgota?

Aquel grande corazón, aquel hijo predilecto de la Patria, aquel Aquiles de los combates americanos, Hermenegildo Galeana, un día se estrella contra los árboles del bosque en que batalla, y sus enemigos le rematan y dispersan sus miembros. Morelos al saberlo, exclama con el más profundo desconsuelo: "Acabáronse mis brazos, ya no soy nada." Ingénua confesión del génio que sabe la esterilidad de los esfuerzos propios, sin la ayuda de los hombres de corazón!

Atacado en Teshmalaca por Concha, comprende que la derrota se aproxima, que el Congreso á quien escolta va á perecer; y como Bravo le instara á retirarse ó á dejarle morir á su lado,

Morelos le responde: "No; vaya vd. á escoltar el Congreso que aunque yo perezca importa poco." Acción y palabras sublimes comparables sólo á las de Leónidas y Mucio Scévola!

Prisionero, preguntanle sus aprehensores sobre el campo de batalla, qué habría hecho con ellos si cambiada la suerte hubiesen caído en su poder: "Darles dos horas para confesarse y fusilarlos" les contesta con altivo desdén. Rasgo de dignidad que no tuvo Napoleón cuando pedía hospitalidad á bordo del "Belerofonte."

La tradición refiere que ya condenado á muerte, le propone el médico Montesdeoca, que habia embriagado al carcelero, una fuga cierta: "Amigo mio, responde, es cosa fácil averiguar que vd. me ha sacado; vd. tiene familia y sería perdido con ella; déjeme morir." ¿No obró así Sócrates prefiriendo la cicuta?

En Ecatepec le pregunta Concha: "Sabe vd. á qué le traigo? A morir" responde con entereza; se venda él mismo los ojos, y conducido al sitio del sacrificio pregunta sereno: "Aquí es el lugar?" Respóndele: "Sí," y presenta á las balas el potente pecho; oblígale, ¡crueldad inútil! á arrodillarse y volver la espalda, y cuando se disipan las últimas vibraciones de un estridente grito con el humo de una segunda descarga, no queda sino el despojo inerte en medio á una charca sangrienta de aquel hombre magnánimo, á quien sólo faltaba un afrentoso suplicio para coronar su gloria .....!

Ese fué el hombre, ese fué nuestro libertador! No podemos confundirle con ninguno. Aquí, en el corazón, donde tantos afectos sagrados conservamos, el suyo, grandioso, conmovedor, solemne, siempre está aparte. Acá, en la cabeza, donde tantas sombras augustas se levantan cuando evocamos la filiación de los héroes mártires, la suya se aísla, en torno las de los Galeana, Matamoros y los Bravo, como en colosal y marmóreo grupo cuya majestuosa serenidad no turbarán los siglos .....! Ellos supieron lo que sólo saben las almas templadas en el fuego etéreo: amar, creer, esperar, obrar y sellar con su sangre los anhelos de su vida!

En cuanto á nosotros, mexicanos, dichosos de tenerles por progenitores y modelos; en cuanto á nosotros, morelenses, orgullosos de llevar en el Estado el nombre del primero de ellos, rebosemos en júbilo este día que consagramos á honrar su memoria; y ya que el labio balbuciente y torpe no puede ni sabe cantar sus épicas glorias, proclamemos al ménos nuestro amor, diciendo: ¡Viva Morelos! ¡Viva la independencia de México!

Eugenio de J. Cañas.

# HONORES OFICIALES A MORELOS.

**EL SOBERANO CONGRESO MEXICANO,**  
*que jamás ha visto con indiferencia los sacrificios que los buenos patriotas han prestado á la nación en todas épocas para sostener su independencia y libertad, ha tenido á bien decretar:*

Art. 13. El Congreso declara beneméritos en grado heroico á los Sres. ....

**.....D. JOSE MARIA MORELOS.....**

.....sus padres, mujeres é hijos, y asimismo las hermanas de los Sres. Allende.....

**.....MORELOS.....**

gozarán de la pensión que les señalará el Supremo Poder Ejecutivo, conforme á los extraordinarios servicios que prestaron.....

Art. 14. Y respecto á que el honor mismo de la Patria reclama el desagravio de las cenizas de los héroes consagrados á su defensa, se exhumarán las de los beneméritos en grado heroico, que señala el artículo anterior, y serán depositadas en una caja que se conducirá á esta capital, cuya llave se custodiará en el archivo del Congreso.

Art. 15. El terreno donde estas víctimas fueron sacrificadas se cerrará con verjas, se adornará con árboles, y en su centro se levantará una sencilla pirámide que recuerde á la posteridad el nombre de sus primeros libertadores.

Art. 16. Los Ayuntamientos respectivos cuidarán, bajo la inspección de sus diputaciones provinciales, del cumplimiento de lo prevenido en el artículo anterior, pudiendo sacar los gastos de sus fondos de propios y arbitrios.

Art. 17. El de Cuautla Amilpa, bajo la inspección de la de México, hará que en su plaza principal, se erija una columna que recuerde su memorable sitio.

Art. 18. La caja que encierre los venerables restos de los héroes expresados, se trasladará á esta catedral el 17 del próximo Setiembre, con toda la publicidad y pompa dignas de un acto tan solemne, en la que se celebrará un oficio de difuntos con oración fúnebre.

México, Julio 19 de 1823.

**El Congreso del Estado de México ha decretado lo siguiente:**

El pueblo de Cuautla Amilpas se denominará:

**CIUDAD HEROICA DE MORELOS.**

Lo tendrá entendido &c.—Dado en la ciudad de Tlalpan, á 4 de Abril de 1829.—*Atanasio Saavedra*, presidente.—*José R. Malo*, diputado secretario.—*Rafael Sánchez Contreras*, diputado secretario.

**FRANCISCO LEYVA, Gobernador del Estado libre y soberano de Morelos, á sus habitantes, sabed:**

Que el Congreso ha decretado lo siguiente:

DECRETO NUM. 31.

El Congreso del Estado de Morelos decreta:

Art. 1. Los nombres de los beneméritos caudillos de la primera y segunda Independencia de la Patria, *Miguel Hidalgo y Costilla*,

**Jose Maria Morelos,**

*Mariano Matamoros, Vicente Guerrero, Benito Juárez é Ignacio Zaragoza*, se inscribirán con letras de oro en el salón de sesiones del Congreso del Estado.

Art. 2. El pabellón nacional se enarbolará en los edificios públicos del Estado, el día 30 de Setiembre de todos los años, en conmemoración del ilustre caudillo

**JOSE MARIA MORELOS;**

y en señal de duelo por su muerte, se pondrá el mismo pabellón á media asta el día 22 de Diciembre de cada año, tributándole las demás honras fúnebres que son de uso.

Art. 3. El mencionado día 30 de Setiembre de todos los años, será considerado como fiesta nacional en el Estado, y el Ejecutivo dispondrá lo conveniente para su solemnización.

Lo tendrá entendido el Gobernador del Estado, haciéndolo imprimir, publicar, circular y ejecutar.

Dado en Cuernavaca, á nueve de Enero de mil ochocientos setenta y cuatro.—*José Fandiño*, dipu-

tado presidente.—*J. Nicolás Arce*, diputado secretario.

Imprimase, publíquese, circúlese y obsérvese.

Cuernavaca, Enero 13 de 1874.—*F. Leyva*.—*Pedro Ruano*, secretario general.

**CARLOS QUAGLIA, Gobernador del Estado libre y soberano de Morelos, á sus habitantes, sabed:**

Que el Congreso ha decretado lo siguiente:

El Congreso de Morelos decreta:

NUM. 41.

Art. 1. El Estado de Morelos rinde un tributo de admiración y gratitud á la memoria del esclavido mexicano

**JOSE MARIA MORELOS Y PAVON.**

Art. 2. El sello del Estado contendrá la efigie del general Morelos, con el lema

PATRIA. INDEPENDENCIA. LIBERTAD.

en la forma que determine el Ejecutivo, quedando prohibido cualquiera otro desde el 1.º de Enero de 1884.

Artículo transitorio. El presente decreto se publicará con la solemnidad debida, el 30 del presente mes.

Al Gobernador del Estado para su promulgación y cumplimiento.—*Pedro Estrada*, diputado presidente.—*J. E. Cabrera*, diputado secretario.

Por tanto, queda promulgado para su observancia.

Cuernavaca, Setiembre 28 de 1883.—*Carlos Quaglia*.—*Luis Flores*, secretario.

Maximiliano quiso celebrar en 1865, con solemnidad, el centenario de Morelos, y al efecto hizo erigir una estatua y colocarla en la Plazuela de Guardiola, y allí, rodeado de su corte y del ejército, y no queriendo confiar á nadie el discurso inaugural de la estatua y conmemorativo del centenario, él mismo fué el orador.

Hé aquí ese discurso:

«Celebramos hoy la memoria de un hombre que salió de la más humilde clase del pueblo; que nació en la oscuridad y que ahora ocupa uno de los más elevados y más ilustres puestos en la gloriosa historia de nuestra Patria. Representante de las razas mixtas, á que el falso orgullo de los hombres, separándose de los preceptos sublimes de nuestro Evangelio, no da el aprecio debido, escribió con letras de oro su nombre en las páginas de la inmortalidad. ¡Y cómo logró esto! Con dos cualidades que forman la virtud del verdadero ciudadano: con el patriotismo, y con el indomable valor que da la convicción.

«El quería la independencia de su país; la quería con la conciencia de su causa; y Dios que ayuda siempre á los que tienen fe en su misión, lo dotaba con las singulares cualidades de un gran caudillo.

«Hemos visto al humilde hombre del pueblo triunfar en el campo de batalla; hemos visto al sencillo cura gobernar las provincias de su mando en los difíciles momentos de su penosa regeneración, y lo hemos visto morir físicamente derramando su sangre como mártir de la Libertad y de la Independencia; pero ese hombre vive moralmente en nuestra Patria, y el triunfo de sus principios es la base de nuestra nacionalidad.

«México tiene la dicha, como país libre y democrático, de mostrar la historia de su renacimiento y de su libertad, representada por héroes de todas las clases de la sociedad humana, de todas las razas que ahora forman una nación indivisible. Todos han trabajado con el mismo valor, con el mismo celo patriótico por el bienestar del país, todos tienen el mismo derecho á gozar los frutos de su cruenta tarea y de plantear así la igualdad, que es la sola y verdadera base de una gran nación que se respeta.

«Que el monumento que ahora inauguramos en el centésimo aniversario del nacimiento del ilustre Morelos, sirva de estímulo á las nuevas generaciones para que aprendan del gran ciudadano las cualidades que forman la fuerza y lo invencible de nuestra Nación.»



